

Ulises zarpó de Trieste

Vivian Abenchuchan

Un trago amargo de Umberto Saba. Traducción y selección de Marco Antonio Campos, 1992. México: UNAM, 1992 (Textos de Difusión Cultural El Puente) Premio Villaurrutia 1992.

Desde la Revolución Industrial hasta nuestros días, las ciudades modernas se han convertido en el gran lugar de reunión y desencuentro del hombre. En ellas coexisten las multitudes y la soledad en medio de victorias y derrotas cotidianas. Nuestra relación con las ciudades es una relación conflictiva: cuanto más huímos de ellas, más buscamos regresar. En el centro de la reflexión sobre el destino individual del hombre y su relación con el mundo, las ciudades han cobrado vida para transformarse en personajes literarios cuya fuerza muda e invisible actúa sobre los perfiles de sus habitantes: la Londres de Dickens, el San Petesburgo de Dostoyevski, el Dublín de Joyce. Hay ciudades míticas como la Viena de Musil y Wittgenstein; también, ciudades suicidas como la Trieste de Umberto Saba. Entre todas ellas existe una filiación permanente: el estado latente de contradicción.

Marco Antonio Campos reúne y traduce, en *Un trago amargo*, cinco libros de poesía de Umberto Saba, que van de 1933 a 1951, donde resuena la naturaleza paradójica de la ciudad italiana de Trieste en las propias oposiciones de la personalidad poética de Saba. Y es que Saba tenía como su ciudad, la vocación por un destino desmembrado en triple escisión. Era triestino, hebreo y poeta. Triestino como sinónimo de indefinición, de tristeza vaga. Ser triestino significaba vacilar, a su vez, entre tres culturas de elementos adversos: la germánica, la eslava y la latina. Condenada a una historia incierta, Trieste cambió de condición constantemente. De ser austriaca y nórdica durante el Imperio austro-húngaro, se convirtió en mediterránea y cálida durante el siglo de las guerras mundiales. Solitaria y cosmopolita. Pasiva y ansiosa. Incierta. El propio paisaje de Trieste es un acertijo: el espumeante mar Adriático interroga a las ásperas rocas blanquecinas del Corso. Esta “ríspida gracia”, como la definiría Saba para hablar del poder seductor y letal de Trieste, acogió calurosamente a sus huéspedes pero hizo desesperar a sus habitantes hasta el suicidio o la fuga.

Rilke encontró en ella el castillo de sus Elegías; Joyce, el tranquilo exilio donde comenzaría a gestarse la escritura del *Ulises*. El mismo destierro voluntario que llevaría al escritor irlandés a Trieste para hablar, desde la distancia, de Dublín, provocó la ruptura definitiva entre Saba y su ciudad. Aquí, una coincidencia significativa. En *Un trago amargo* se hallan, como fronteras, dos poemas —casi al principio y casi al final— con el mismo título: “Ulises”. Poemas de ida y de vuelta que definen esa última tensión —por eso extrema— entre las continuas contradicciones del

hombre moderno que fue Saba y su reconciliación final —que entre más cercana parecía más improbable— con su origen y con la vida. Ulises, fenómeno y figura de la literatura de nuestro siglo, tiene la voluntad de desentrañar la significación del destino individual a través del lejano acercamiento. El poeta va en busca de otra tierra que es el encuentro consigo mismo: “vagamos toda la tarde a la busca de un lugar, donde hacer de dos vidas una”. Éste es el desgarramiento esencial de la poesía de Umberto Saba: andar a horcajadas entre el amor y el odio hacia Trieste; entre la huida y el imposible retorno; entre la veneración y repulsión a los impulsos de la juventud perdida; entre el interior y el exterior; entre la mirada del niño y el cuerpo cansado del hombre; entre el rechazo a la vida y el débil deseo de la muerte.

128

Ser hebreo tenía algo de expiación y expulsión, pero también de resistencia. El tormento de un mundo arrasado por la guerra, que lo cercaba con persecuciones y neurosis y ante el que no podía oponer sino su soledad y su pesimismo, lo llevaron a un segundo exilio: el de la vida. Como si ésta hubiera terminado hace mucho y él siguiera sobreviviéndose con penoso esfuerzo. “Aún la fe en que la/ muerte resuelva todo, me ha venido a menos”, dice casi parafraseando un aforismo de E. M. Cioran con quien comparte el acento más agudo de la amargura (“El deseo de morir fue mi única preocupación; renuncié a todo por él, incluso a la muerte”). Si bien la vocación suicida de Trieste no llevó a Saba a terminar con su vida, en los últimos años, sí lo llevó a condenar su poesía desterrándola de cualquier posible valor: “Este libro que a ti te confortaba,/ buen lector, a quien lo creó le avergüenza./ Hablaba como un vivo y estaba (había/ debido estarlo por decencia) muerto.”

Lo único recuperable se encontraba en la sospecha de otro mundo, quizás anterior y pasado. Conservar el asombro de la infancia sería entonces, un instrumento para vadear el dolor. *Un trago amargo* está hecho de memorias sobre sitios amados: los amigos como la única patria a la que quisiera volver; las ciudades —Turín, Milán, Florencia— con sus calles empedradas, sus plazas y rincones donde podía refugiarse la niebla, la luna, el silencio. Como Montale, su amigo y protector durante la persecución de los fascistas, encontró la razón de vivir en el impulso de las cosas y los paisajes. Evocar, para Saba, es dar pinceladas sobre sonidos e imágenes de detalles mínimos: el agua dilatándose en una mancha de aceite; la corneta del barrendero en el aire gris. Pero ésta es, a veces, sólo la escenografía impasible de las fábulas terribles inventadas por ese hombre con mirada infantil que siempre quiso ser Saba. Las obsesivas vueltas al pasado no son sino la forma de reconocer una definitiva separación, un último desgarramiento.

“Lo que les queda por hacer a los poetas” —escribió Saba en 1911— es “hacer poesía honesta”. Pero estas palabras, más que dar una máxima moral, definen una personalidad poética: para Saba la auténtica honestidad concebible es la que el poeta tiene consigo mismo. De tal forma, en su poesía no existe otra ambición que la de dejar una autobiografía o un “diario sentimental”, como apunta Marco Antonio Campos en la presentación de la antología. Hasta la guerra y la muerte, cobran significación individual en su obra: “Todo me lo llevó el fascista abyecto/ y el alemán voraz”. La poesía de Saba nos dice cómo las necesidades universales de la poesía pueden estar en consonancia con la voz más íntima del individuo. Desa-

lojados de las preocupaciones metafísicas, sus objetos y hechos surgen de la aventura de todos los días. Tenía claro que para sumergirse en las aguas oscuras y profundas de su melancolía, la retórica era un traje demasiado pesado que lo haría naufragar. En *Un trago amargo* “se desnudan las cosas,/ se les toca el esqueleto”. La versión castellana de Marco Antonio Campos conserva este acento, directo y despojado, con peculiar fidelidad, traduce casi literalmente pero sin caer en los espejismos sobre la aparente similitud entre el español y el italiano. Y es que Campos también atiende a la difícil corriente interior de la poesía de Saba, oculta bajo una forma que a veces se quiebra o salta en extraña armonía.

Aún más, Campos, como advierte al inicio, ha creado su “propio libro” al seleccionar y ordenar los textos de la antología. Así, nos devuelve al Saba de la “última estación”, el “niño viejo” con el que podemos mirar el mundo de nuevo, no con ingenuidad, sino con una dulce conjugación entre deslumbramiento y decepción. Y es que la poesía de Saba es de ida y vuelta. En sus últimos años de existencia y actividad poética, tras el largo trago amargo del destierro y el encuentro con la vida, Saba pudo reconciliar sus códigos adversos —aunque jamás regresó a Trieste— y escribir, cual Ulises: “. . . a alta mar/ aún me empuja el espíritu indomable/ y de la vida el doloroso amor”.